

seguida se dirige á la base de la cúpula, se entra por una pequeña puerta y se sitúa el espectador sobre la barandilla ó corredor, que interiormente circunda el arranque de aquella: desde allí se domina el ciprés, que aunque muy elevado, se mira allá abajo como un pigmeo de bronce. Sigue una escalera por entre el grueso del muro y se llega á la cornisa del primer tramo, y ya desde allí es vertiginosa la altura: en seguida se continúa desde este punto, por entre la parte cóncava, siempre por una escalera practicada entre el cascaron ó doble muro, en la que pueden caminar olgadamente dos personas hasta llegar á la linternilla. Desde allí se disfruta el panorama más imponente, mas grandioso que darse pueda: la ciudad de Roma, sus trescientas iglesias, sus palacios, el Castillo Santo Angelo, el Pincio, el Tiber y las seis colinas restantes, se miran á ojo de pájaro, y es ese admirable conjunto un mosaico, un mapa-mundi imposible de describir.

Después de extasiarse uno y creerse

en los aires como si bogara con un globo en las corrientes atmosféricas, se sube otra escalera de caracol embutida entre la linternilla y se llega á la base que sostiene el mundo; ésta, aunque desde la plaza parece tener una cuarta, á esa peligrosa altura mide tres metros y se sube por una escalera de hierro perpendicular, poco practicable para las señoras y aun para algunos hombres, que, como los reyes, no deben tener sus manos muy acostumbradas á sostener el peso de su cuerpo; por esa creo que éstos y sus consortes, expresan con orgullo en sus lápidas «Hasta la bola.» Llegado á ésta, el viajero se encuentra encerrado en una esfera de bronce, de una capacidad suficiente para contener diez y seis personas: hay de trecho en trecho, sobre la superficie del metal, unas ranuras ó pequeñas rendijas para ver el panorama; pero si por ejemplo; son las diez del día y el sol envía sus rayos á la tierra, el pobre viajero está en peligro de que se le derritan

los sesos por el gran calor encerrado en ese horno que se llama «mundo.»

Pina y yo apenas aguantamos cuatro minutos é inmediatamente descendimos al primer descanso, porque el calor sofocaba. Seguimos nuestro paseo por las demás secciones de las bóvedas, divertidos con los numerosos y bellísimos panoramas que se nos presentaban por todas partes, haciéndome notar mi bondadoso compañero algunos edificios notables, como el Vaticano que estaba á nuestros piés con su pequeña ciudad, sus extensos parques y jardines por donde me decía Pina daba sus paseos en coche Pío IX, con viaducto aéreo que comunicaba del Vaticano al Castillo de Santo Angelo, por donde en tiempo de revolución, los papas se dirigian á esta fortaleza para guarecerse ó resistir á sus enemigos; esta vía estuvo oculta luenos años á la inteligencia de los habitantes de de Roma y sólo los Pontífices y algunos de sus servidores la conocian.

Vimos desde nuestra altura las igle-

sias de San Juan de Letran, de Santa María la Mayor, el Coliseo, el Capitolio y otras mil y mil fábricas y objetos que me llamaban justamente la atención.

Despues de esta pequeña excursion aérea, bajamos á la iglesia, y colocados en el centro de la nave principal no me cansaba de contemplar aquel cúmulo de riquezas, aquella profusion de materiales preciosos sujetos á las diversas operaciones del arte, aquellos..... pero no confundamos; es necesario proceder con algun órden.

Al levantar la cabeza para mirar la decoracion de las bóvedas, me preguntaba Pina:

—¿Qué le parece á usted de esos asuntos representados ahí?

—Que me parecen unas pinturas maestramente ejecutadas....

Una carcajada acogió mi respuesta.

—¿Pues y por qué se rie usted? le pregunté asombrado.

—Porque esas escenas que ve usted en esas bóvedas no están pintadas.

—¿Cómo? pregunté abriendo tantos ojos.

—Pues esas composiciones no son de pintura.

—¿Pues de qué son?

—Esas lindas producciones son ejecutadas en mosaico.

—Hombre! exclamé asombrado; pues habia yo creído que eran pintadas esas bóvedas.

—Ahora le mostraré otras cosas que tambien le han de sorprender, me dijo Pina por último, y seguimos nuestro exámen en los demás objetos que teniamos delante.

Ya yo habia entrado ántes con Manuel al Templo, como dije arriba; pero cada vez que le veia de nuevo, me admiraba mas y mas. Desde el punto en que estábamos colocados dije á Pina:

—Parece increíble el efecto que tienen los muchachos que sostienen esas pilas del agua bendita; el otro dia me acerqué á ellas y me asusté al ver unas enormes cabezas, unas manos no meo-

enormes que tendrian media vara y así los demás miembros del cuerpo.

—¿Qué le parecen á usted desde aquí? preguntó Pina sonriendo.

—Que son perfectamente del tamaño de unos niños de cinco años; pero que si yo me acercara á ellos, se animaran y me pusieran la mano encima, me aplastaban.

Una carcajada de mi amigo acogió esta gracejada y seguimos caminando. Me fijé en las estatuas de apóstoles que ornán los nichos de los muros de la segunda nave, examinando su mérito artístico, y las veia del tamaño del natural justo. Entónces me acordé de los niños de las pilas y dije á mi amigo:

—Ya parece que veo que esas estatuas formarán la segunda adición de los angelitos, en proporciones.

—Pues no se engaña usted, me contestó.

—Puede ser, repliqué perplejo.

—Venga usted acá, exclamó Pina; y nos dirigimos al pié de una de las columnas de la gran cúpula y me seña-

ló un punto que estaba en la cornisa del crucero de la derecha.

—¿Qué ve usted ahí? me dijo.

—Veo..... ¡Ah, sí! veo á un operario que hace no sé qué..... pero, ¡hombre! eso es descomunal, exclamé yo admirado, y añadí: esa es una barbaridad; la cabeza de ese hombre no llega á la rótula ó rodilla de la estatua, que desde abajo parece de las dimensiones del natural.

—Creo que con todo lo de aquí debe de pasarle á usted igual cosa, que caminará de sorpresa en sorpresa. Vamos por aquí.

Y me condujo frente á unos grandes cuadros como á diez varas de distancia, y en los que no me habia fijado en la visita anterior con Manuel.

—¿Qué ve usted ahí? me preguntó Pina.

—Una excelente copia en pintura del cuadro de la Trasfiguracion, de Rafael, cuyo original pocos dias há que ví en el museo Vaticano. Está exacto, añadí; qué bien pintado.

—A ver, acérquese usted.

Dimos siete pasos mas y me detuve lanzando una exclamacion, porque percibí apenas á través del brillo de la superficie del cuadro, las juntas ó separaciones de las piedrecitas del mosaico, del tamaño de la cabeza de un fistol.

Esto me llenó de estupor porque veía la rara exactitud del dibujo, la absoluta semejanza de los tonos de las carnes y de los paños, las transiciones tan justas y una semejanza tal con una pintura, que probablemente no me fijé en mi anterior visita, porque la creí tal y me pareció una buena copia cuando mas. En otros altares habia cuadros de las mismas colosales dimensiones del de la Trasfiguracion, que acabamos de contemplar, y todos eran de mosaico.

Absorto con esta maravilla, dije á mi compañero:

—Cada uno de estos preciosos mosaicos, deben haber costado un sentido.

—¡Oh! sí, me interrumpió: esto cuésta muchos miles de pesos; calcule usted su valor por el de un pequeño relicario

ú otro objeto insignificante, que siempre lo hacen pagar los artistas á subido precio.

—Ahora piense usted un momento, continuó, en los millones que habrán costado los mosaicos de que está cubierta la cúpula y todas las bóvedas del templo, que en cualquiera otro, son pinturas al fresco, cuando mas, y que sin embargo, valen centenares de miles de pesos.

Despues de examinar muy superficialmente los mosaicos, porque me llamaban la atencion á la vez tantas bellas cosas que me rodeaban, continué observando la estructura y magnitud de la Basilica con intencion de proceder con algun orden é ir hablando separadamente de cada objeto.

Observé las columnas que sostienen la enorme masa de la cúpula, y aunque tienen la longitud de treinta y dos varas en cuadro, me parecia impotente este espesor para sostener aquella mole.

Uno de los dias anteriores, antes de conocer el interior de San Pedro, Ma-

nuel me llevó al Panteon ó Rotonda, que ví exteriormente la noche que llegué á Roma, de la que mencioné que su peristilo estaba compuesto de diez y seis columnas de granito y de una sola pieza. Pues bien, al dar un paso al interior, me agradó en extremo la forma circular del templo, que remata cóncava en su parte superior y recibe la luz por una ancha claraboya que hay en el centro. La longitud de la puerta al fondo del altar mayor, es considerable, y se la puede reputar como una iglesia grande. Cuando hube observado suficientemente, me dijo Manuel, que entonces me acompañaba:

—¿Qué le parece á usted esta Rotonda?

—Que es muy hermosa y rara de construccion.

—En efecto, repuso Manuel; este edificio fué el Panteon de los romanos y tiene de existencia dos mil cuatrocientos años.

—¡Cáscaras! exclamé yo admirado;

este monumento es anterior á la era cristiana.

—Ya ve usted, continuó mi amigo; hoy está convertido en un templo católico, y de todos los adornos, que consistían en bronce, plata y oro, lo han despojado: de los primeros está construido aquel trono que sostiene la silla de San Pedro, que llevan los cuatro doctores: los demás metales no sé qué se hicieron... pero vamos al caso: fijese usted, me dijo, en las dimensiones de esta Rotonda. ¿Cree usted que sean las mismas de la cúpula de San Pedro?

—¡Imposible! contesté yo con incredulidad á mi protagonista: este templo es muy grande y.....

Entonces se rió Manuel y me contó la anécdota que sigue:

—Para que no se sorprenda usted y sepa que es cierto lo que le digo, oiga usted lo que he leído y es muy vulgar en Roma:

Cuando por la inesperada muerte de Bramante, que fué el que trazó la Basílica de San Pedro, fué llamado Miguel

Angel para continuar la obra, en uno de esos días, paseando las calles de la ciudad, entró con varios artistas y otras personas á este lugar: se admiró del edificio, y sus amigos, ponderándose lo aún mas, le excitaron su amor propio y exclamó entónces: «Que habia de tener el orgullo de suspender esa Rotonda por los aires.»

Y positivamente, lo cumplió, porque la cúpula de San Pedro tiene exactamente la misma longitud y concavidad que este edificio.

De hecho, ántes de salir con Manuel de la Rotonda, medí su longitud, que fueron sesenta y ocho pasos, que cada uno de los míos tienen una vara, y cuando me hallaba con Pina observando el grueso de las columnas que sostienen la cúpula, me acordé de la medida que habia tomado de la Rotonda y la medí, viendo, en efecto, con admiración, que ambas tenían exactamente la misma longitud.

Te voy á contar ahora, María, una circunstancia que acaso te hará reír: al

pié de una de las columnas principales de la derecha, está colocada una estatua de bronce que en otro tiempo fué de Júpiter Capitolino y despues la volvieron de San Pedro. Esta se halla sentada sobre un pedestal con las llaves en la mano derecha y el pié del mismo lado un poco saliente sobre la superficie del plinto. Lo singular de esta estatua no es tanto su mérito artístico, sino que el referido pié derecho casi ha desaparecido y apenas queda un pequeño residuo del empeine por la parte del tobillo. ¿Y sabes por qué, María? porque los millones de visitantes lo han gastado á fuerza de besarlo; acaso tendrían esos señores los labios de lija ó de alguna otra materia corrosiva. Cuando Pina me llamó la atención sobre esta particularidad, apenas podía yo creer que los labios, siendo la parte mas suave, su roce sólo, al dar un beso, fueran gastando un material tan duro como el bronce. ¡Oh poder del tiempo y de la acción!

Los suntuosos mausoleos de que está

adornada interiormente la Basílica de San Pedro, le dan una majestad particular: están colocados en la parte interior de las segundas naves y al pié de las columnas que sostienen igualmente las primeras. Las mas exquisitas esculturas rivalizan en esas tumbas por su belleza y hábil composición. Diversos cuerpos de Santos están guardados en algunas de ellas, como el de San Juan Crisóstomo, colocado bajo el altar de la Capilla del coro y los de los grandes pontífices Leon y Gregorio en las capillas dedicadas á cada uno de ellos.

El subterráneo guarda las cenizas de cuatro papas, que son: Adriano IV, Bonifacio III, Nicolás V y Paulo II; igualmente reposan allí las de Carlota, reina de Chipre y de Jerusalem, así como las de Othon, emperador.

En los sepulcros visibles formados de bronce y mármoles, reposan los restos de varios Pontífices, como Alejandro VII y VIII, los de Inocencio VIII, IX, XII y XIII, los de Gregorio XIII y XIV, los de Clemente X

y XIII; en el segundo de los referidos se ven los leones de Canova, obra la mas incomparable de la escultura moderna, en el sepulcro del gran Sixto V, trabajado en bronce, y que está colocado en la bella capilla del Sacramento, cerca de los despojos de Julio II, de Leon XI y de Benedicto XIV; los mausoleos de Pablo III y Urbano VIII figuran al lado de la Silla de San Pedro, en el interior del subterráneo de la Confesion. Canova ejecutó, como dijimos, la estatua arrodillada de Pio VI; está colocada frente á la tumba de San Pedro y Thordwalcen, cerca de la Capilla Gregoriana, la de Pio VII. En el nicho colocado bajo la la Capilla del Coro, una simple inscripcion designa el depósito de los despojos mortales de Pio VIII y los de Leon XII.

Cada uno de los mausoleos mencionados, es una obra maestra ejecutada por los artistas mas renombrados de la época: los mas exquisitos mármoles, los bronces y otras piedras de mucho precio, entran en la ejecucion de esas gran-

des obras del arte; de manera que la Basílica de Roma, se puede considerar un gran museo que, mas que un lugar para adorar á la Divinidad, es un templo del arte en donde se admira en todas sus manifestaciones, y reina allí como soberano haciendo hincar la rodilla á todas las generaciones que lo visitan.

Otra de las cosas que me llamaron la atencion fueron los confesionarios situados al pié de las columnas secundarias de las naves, en donde, á mañana y tarde, están sentados los penitenciaros del Papa; cada uno de éstos confesionarios tiene escrito sobre el copete ó cornisa superior el nombre de la nación á que pertenece, para que las diversas nacionalidades que se acercan á ellos, encuentren al sacerdote que habla su mismo idioma y confiesen sus culpas. Algunas veces se acercaban individuos como á vara y media de distancia, se ponian de rodillas y sin hablar ellos una sola palabra, el penitenciario les ponia una varilla, como de dos

varas de largo, sobre la cabeza, murmurando mentalmente alguna oracion. Ignoro qué significará esta ceremonia.

Como era mas de medio dia y estábamos rendidos Pina y yo por el dilatadísimo paseo que habíamos hecho, analizando y admirando las riquezas artísticas de la Basilica, salimos de ella y nos dirigimos á comer á una de las fondas de la Plaza de la Aduana.

Es tiempo ya de terminar la operacion de escribir, porque esta carta ha sido bien larga y debe cansarte su lectura. En la siguiente te hare la relacion de algunas iglesias mas que visite mañana, así como de otros objetos diferentes para que mi carta tenga alguna variedad y no resulte monótona con el contenido de una sola materia. Adios.

Roma, Octubre 24 de 1868.

ESTIMABLE MARIA:

Hace seis dias apenas que te escribí hablándote de mis impresiones sobre la visita que hice á la Basilica de San Pedro, acompañado de mi amigo Pina; ahora, que son las diez de la noche, aunque estoy un poco cansado por lo que anduve hoy, deseo reanudar mis noticias para que no carezcas de ellas mucho tiempo y tenerte al tanto de lo que vea en Roma, para obsequiar el encargo especial que me hiciste al separarnos de que te transmitiera, sin una